



## ¡Esa niña es mía!



Hizo girar furiosamente el mapamundi. ¿Qué derecho tenía esa extraña a irrumpir así en su vida y en la de su papá? Porque eso era, una extraña. Mali, Níger, Chad, Sudán, Zaire, Zambia. Los nombres de los países africanos eran muy difíciles y la prueba de geografía, mañana. Cluj. ¿Dónde quedaba Cluj? ¿Y a ella qué le importaba? No era eso lo que iban a tomarle. Sus ojos subieron hasta Europa. Cluj quedaba en Rumania. Su papá se lo había dicho. Exactamente en la tierra de Drácula, en Transilvania. Próxima a la antigua Yugoslavia que hoy se desangraba en la más cruel de las guerras. La prueba. ¡La prueba! Camerún. Gabón. Brazzaville. Se los olvidaría. Estaba segura. Su papá le había dicho que lo pensara muy bien, que era ella quien tenía que decidirlo. Ni un cuatro lograría sacarse. Mala suerte. El mapamundi quedó girando todavía, cuando cerró la puerta de un golpe.

Las veredas estaban cubiertas de hojas amarillas. El aire de la tarde era fresco. Irina pedaleaba lentamente buscando despejarse. No entendía lo que

le pasaba. Esa rara mezcla de rabia, impotencia, ganas de llorar y, al mismo tiempo, curiosidad. ¡Todo por culpa de esa extraña! En dos días su vida había cambiado totalmente. Desde la llegada de la carta. “No quiero irme de este mundo sin haberla conocido”, esa línea escrita con una caligrafía nerviosa y menuda se dibujó en su memoria.

–¿Hubieras preferido que no te dijera nada? –le había preguntado su papá.

No, claro que no. No se lo habría perdonado. Confiaba en él ciegamente. Jamás le había fallado. Era “lo más”. La madre la había abandonado cuando ella tenía unos pocos meses. Y nunca, nunca hasta la maldita carta, Irina había vuelto a saber de ella.

–¿Tomaste una decisión, hija? –la interrogó su papá mirándola a los ojos–. Sé que es difícil pero tenés que hacerlo.

–¡No quiero ir! –respondió ella, llena de rabia.

–Entiendo lo que sentís. Pero no me gustaría que el rencor te haga decidir algo irremediable –dijo él suavemente.

–Ha vivido todos estos años sin mí. ¿Por qué quiere conocerme ahora? –insistió al borde del llanto.

–Tal vez porque es su última oportunidad. ¿Y vos no tenés acaso preguntas para hacerle? Preguntas que, de otro modo, quedarán para siempre sin respuesta.

–Tengo prueba de geografía mañana, papá. Y

te aseguro que esas preguntas sí van a quedar sin respuesta –concluyó Irina incorporándose y dando por terminado el tema.

Guinea, Mauritania, Namibia. Ninguno de esos nombres le resultaba tan lejano ni ajeno como Cluj, el lugar donde su madre agonizaba. Era inútil. No podía concentrarse. Prendió el televisor. El noticiero mostraba imágenes de esa guerra lejana: niños que abandonaban su casa se despedían, desolados, de sus padres. En la pantalla, una mujer envuelta en una capa avanzó hacia Irina extendiendo la mano.

–Irina, Irina –le oyó decir–. No quiero irme de este mundo sin haberte conocido.

Se echó a temblar, aterrorizada. “Este es el sabor, el sabor del encuentro, por qué dejarlo pasar”, el jingle que siguió a las noticias le sonó como una broma macabra.

–Fue tu imaginación –le dijo su padre cuando le contó lo sucedido–. Esto te afecta más de lo que podés darte cuenta. Por eso, y a pesar de la cercanía de Cluj a la zona de guerra, quiero que vayas. Para que los fantasmas no te persigan durante toda la vida.

Y luego, abrazándola muy fuerte, agregó:

–Además, cuando te vaya a buscar podemos aprovechar para pasar juntos unos días en París y en Londres.

–¡Sí! –gritó Irina llena de entusiasmo–. ¡Eso es lo que más me gusta! Pero tenés que prometerme que

no sólo vamos a visitar museos. ¡Debe haber una ropa tan linda!

–Mujeres, mujeres –dijo Julio suspirando cómicamente.

Y padre e hija se quedaron charlando, haciendo planes y soñando con itinerarios felices.

–Madame y Monsieur Vivoida son muy tradicionales. Mantienen las antiguas costumbres en muchos aspectos de su vida –dijo el cochero, en perfecto francés, en respuesta a su muda sorpresa.

Irina no podía creer lo que le estaba pasando. En la época del fax, de la computadora, resultaba que esa mujer vivía como en la antigüedad. Mientras, el carruaje tirado por seis magníficos caballos negros avanzaba velozmente hacia el pasado. Atravesaron campos llenos de verdes, de vides cargadas de uvas, de animales que pastaban y campesinos que trabajaban en la cosecha.

De pronto, el paisaje comenzó a sufrir una rara transformación. La campiña se puso yerma. La vegetación tomó formas grises y retorcidas. Hasta el aliento pesado del verano se congeló.

–¡Estamos llegando! –anunció el cochero.

Entonces Irina vio surgir, como si acabaran de dibujarla, la silueta fantasmagórica del castillo de los Vivoida. Sintió frío. Y desasosiego. ¡Ojalá su papá



estuviera allí! Una mano se tendió para ayudarla a descender.

Conducida por una criada silenciosa, atravesó el jardín ceniciento y el patio interminable hasta llegar a una sala cuyas paredes estaban cubiertas de retratos. Le llamó la atención el parecido de los hombres: un mismo rostro pálido, la misma fría mirada. Por la escalera de caracol subió hasta los aposentos de su madre. Se sentía sofocada cuando penetró en la habitación.

–Irina, Irina –oyó una voz pronunciar dulcemente su nombre antes de ver a la que hablaba. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudo observar a una mujer pálida, de rostro ajado, que apoyaba sobre su pecho unas manos blancas y delgadas.

–Acercate, hijita, por favor –le oyó decir en un mal castellano.

–¡¿Hijita?! ¡¿Con qué derecho me llamás hijita?! –tuvo ganas de gritarle.

Con un gesto, Sonia le indicó que se sentara a su lado, la tomó de las manos. Un frío de muerte subió por el cuerpo de Irina. Instintivamente, se apartó. Ahora, madre e hija se miraron de frente. En la mujer, la enfermedad había hecho estragos.

–Estoy feliz de que estés aquí –musitó Sonia antes de cerrar los ojos. Irina creyó que su madre había muerto. Asustada, gritó. La silenciosa criada que la había conducido hasta allí reapareció de la

nada y, con un gesto, le pidió tranquilidad: su madre sólo estaba dormida.

El resto de la tarde, Irina, colmada de emociones contradictorias, vagó por el castillo. En la sala, se detuvo a observar los retratos que habían llamado su atención. Eran los antepasados del conde Vivoida. Todos como calcados el uno del otro. Volvió a atravesar el inmenso patio y se encontró con las habitaciones dedicadas a los oficios domésticos: gente muda –que parecía no verla ni oírla– trajinaba amasando el pan, hilando en antiguos telares, repujando el cuero de los arreos. ¿Era real lo que estaba viendo o, sin darse cuenta, se había metido en una película antigua?

Al anoecer, en un salón iluminado con velas, le sirvieron la cena: una carne desconocida, acompañada de papas hechas sobre la brasa.

–Es carne de ciervo –dijo, como adivinándole el pensamiento, alguien a sus espaldas. Giró para ver de quién se trataba. ¡No era posible!

–¡Es un milagro, hija! ¡Un milagro! ¡Gracias a tu presencia mi salud mejoró y hasta tuve ganas de levantarme! –exclamó la madre y tomó entre las suyas las manos de la chica. Nunca, nunca Irina había sentido una tibieza igual. Miró a la mujer como si la viera por primera vez. Ahora su piel era transparente y tersa como la de una muchacha. Las mejillas, antes de una palidez de muerte, habían tomado un color rosado. Parecía una resucitada.

–¿De qué estás enferma? –atinó a preguntar Irina, asombrada e inquieta al mismo tiempo.

–De una enfermedad muy antigua, querida. Pero no hablemos de eso ahora –respondió Sonia rodeándola con un abrazo. Irina sintió que se hundía en un mar de aguas cálidas que la mecían dulcemente. Y ya no tuvo deseos de preguntar nada más. Sólo quería permanecer así, rozando su origen. Abrazada a aquella que le había dado la vida.

Los días que siguieron, la recuperación de Sonia se afianzó y la intimidad entre madre e hija fue en aumento. La ausencia del conde Vivoida, que estaba de viaje, favoreció el acercamiento de las mujeres. Ambas se levantaban pasado el mediodía. Almorzaban al aire libre, hacían largas caminatas y paseos a caballo y, sobre todo, conversaban. Sonia recordaba para Irina. Le hablaba de su infancia en Moscú, del ingreso a la escuela de ballet, de la disciplina férrea de sus maestros, del esfuerzo y el trabajo para destacarse. En una gira por América, el ballet había llegado a la Argentina. Así Sonia conoció a Julio. Se enamoró locamente de ese muchacho simpático y vital. Irina era –qué duda cabía– hija del amor. Pero ella –egoísta, totalmente egoísta, lo reconocía– no estuvo dispuesta a renunciar a su carrera para ocuparse de mamaderas y pañales. En cuanto pudo, se marchó dejando a Julio con la criatura. ¿Podría Irina perdonarla alguna vez?, le preguntaba ahora estrechándola

contra su pecho, murmurando palabras cariñosas que despertaban en la chica sentimientos encontrados. Creía que su madre era sincera y, al mismo tiempo, intuía en ella una zona oscura, secreta, inconfesable. A veces, la sorprendía mirándola de una manera extraña, que le daba miedo. Y cuando le preguntaba por qué la había llamado después de tanto tiempo, la mujer, en un arrebato, decía:

–¡Quería verte, verte nuevamente!

Y a continuación, abrazándola tan fuerte que no la dejaba respirar, agregaba:

–¡No dejaré que nada malo te pase!

–¿Qué podría pasarme? –interrogaba Irina sin comprender y tratando de desasirse del abrazo que la ahogaba.

Inútil. Sonia parecía haber olvidado las palabras recién pronunciadas y, con un tono ligero, encerraba una nueva conversación.

Una mañana en que Irina se levantó más temprano que de costumbre y cuando se dirigía a la cocina dispuesta a conseguir algo para su desayuno, tropezó con un ser repugnante. Sucia y maloliente, la vieja con cara de bruja se cruzó en su camino.

–¡Vivoida ya está aquí, Vivoida ya está aquí! –graznó la mujer antes de descubrir sus encías en una carcajada de loca.

Irina la apartó de un empujón y corrió hacia la habitación de su madre, despertándola a gritos.